

Reflexiones educacionales en torno de nuestra situación social

DISCURSO DE INCORPORACION COMO MIEMBRO
ACADEMICO EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y
CIENCIAS DE LA EDUCACION DE LA UNIVERSIDAD
DE CHILE

M. SALAS MARCHÁN

I

Señor Rector de la Universidad,

Señor Decano y señores Miembros de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación:

Muy emocionado, llego hasta vosotros a manifestaros mi profundo reconocimiento por el honor que me habéis dispensado: la investidura de Miembro Académico de vuestra prestigiosa Facultad. Honor altísimo e inesperado. Aunque en mi vida un destino benévolo ha surgido más de una vez con sus dones sorprendidos, nunca la generosidad no soñada ha sido tan espléndida como ahora. Mi dedicación a la enseñanza con toda fe y entusiasmo, se ha desenvuelto en una esfera de actividad modesta y obscura. He desplegado mi trabajo con aquel estímulo íntimo y placentero de la vocación, pero nada más. No ha habido un centelleo deslumbrante que pudiera hacerme acreedor a la distinción con que me habéis favorecido.

Aceptad, pues, mis reiterados agradecimientos por vuestra

magnánima indulgencia, y la seguridad de mi promesa de que, por débiles que sean mis esfuerzos, continuaré encaminándolos, bajo la égida de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, a la expansión de los beneficios de la cultura. Así será, pues, aunque minado por el desgaste fatal de los años, aun gozo del encanto de mirar, en mi fantasía, la escuela ideal, el nido maravilloso de donde vuelen las nuevas generaciones a servir a la patria como deben servirla.

Debo agradecer también, y del modo más efusivo, a la señora Amanda Labarca, ilustre miembro de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, la gentil benevolencia con que se ha dignado presentarme ante vosotros en esta solemne ocasión.

Con toda razón podría repetir ahora cuánta verdad encierra el aforismo de que los extremos se tocan, al ver cerca de mí a la señora Labarca. Ella, que es cumbre en el movimiento educacional y literario de Chile; ella, que ha conquistado con su talento, su magnífico esfuerzo creador y su incansable perseverancia, merecida y resonante fama en nuestro país y todo el Continente Americano, y yo, uno de tantos maestros, sin más méritos que amar su profesión, nos vemos asociados en hora culminante en la carrera de mi existencia.

A pesar de la gran diferencia de valores personales, la señora Amanda Labarca, dominada por su espontánea indulgencia, ha querido hacer más grata la incorporación a la Facultad de un su antiguo amigo y admirador. Al revivir en su discurso, con bondad y gracia artística, mi pasado, que se desvanece por su tenue consistencia en la lejanía de los años, me ha conmovido, sintiendo con encanto qué hermosa es la vida cuando se reciben las vibraciones de la amistad. Es un motivo más para que le reitere mi honda gratitud y cuán nítidamente recuerdo que, en circunstancias trascendentales de mi vida, su generosa intervención me ha significado halago y beneficio, como precisamente ocurre hoy una vez más.

II

CONTRASTE ENTRE LOS PROGRESOS DE LA EDUCACIÓN
Y LA SITUACIÓN SOCIAL

En cumplimiento del deber que me impone la incorporación a vuestra Facultad, permitidme, señores, que esboce breves insinuaciones educacionales con referencia a nuestra situación social.

A través de mi larga existencia, he podido seguir personalmente los esfuerzos incesantes por constituir el sistema de educación nacional. Ha habido empeño tenaz y laudable de la administración pública y de instituciones privadas para darle más amplitud y eficiencia.

La educación chilena ha dilatado su prestigio más allá de nuestras fronteras y ha alcanzado el triunfo halagador de convertirse en centro de atracción para la juventud americana. Más de mil estudiantes de las repúblicas hermanas se difunden, principalmente, en nuestras escuelas universitarias. Ello es legítimo orgullo para nuestro sistema de educación, porque contribuye a crear vínculos de noble amistad entre Chile y las patrias americanas que le entregan, confiadamente, el tesoro de sus hijos.

En un libro reciente de sabia investigación y de fina elegancia literaria, «Historia de la Enseñanza en Chile», de que es autora la señora Amanda Labarca H., presenciemos el desfile de las etapas pro-cultura que ha venido realizando Chile desde los albores de su existencia durante la Colonia, hasta los días de la época actual. Desde la escuela primaria a la escuela universitaria, un impulso animador renueva planes de estudio, programas, métodos, y enriquece los centros de actividad docente, y, aunque puedan reprocharse reparos justificados, el progreso es indiscutible.

Al restringir nuestra observación al empeño gastado en que la educación reverbera luminosamente en el desarrollo del país, pudiera creerse que Chile ha estabilizado su bienestar, seguridad y armonía. Desgraciadamente, al pesquisar la realidad nacional, no es ése el cuadro que contemplamos. El panorama es diverso: lo envuelven sombras de inquietudes dolorosas. Por extraño que pueda parecer, no coinciden lo que hemos considerado progreso educacional con el progreso económico y social de Chile. Aquél ha ascendido y éste tropieza con vallas que retardan su marcha.

Publicaciones basadas en la estadística dan pábulo a semejante afirmación. He aquí algunas de esas cifras que no son novedad absoluta, pues, en honor de la verdad, nuestros sociólogos no han cesado de hacerlas sonar en nuestros oídos desde tiempos atrás, descollando entre ellos don Francisco A. Encina, con su libro siempre de actualidad, «Nuestra Inferioridad Económica». La hemos dejado pasar como nubarrón que turba momentáneamente la claridad del horizonte espiritual y nada más. Como es natural, las cifras son hoy más alarmantes que ayer.

El crecimiento de nuestra población es lento. En 1835, teníamos 1.010,332 habitantes. Se necesitaron 40 años (entre 1835-1879) para doblarla a 2.159,415 habitantes. Y han debido transcurrir 50 años para volver a doblarla en 1930, en que el censo la fijó en 4.287,445 habitantes. Para apreciar esta lentitud de crecimiento, no busquemos como término medio de comparación la República Argentina o el Brasil, en que el aumento de población ha sido estupendo, por su gran corriente inmigratoria. Indaguemos en otra nación como la nuestra, ajena al aporte inmigratorio: Costa Rica ha venido duplicando su población cada 28 años. Y nosotros, hemos necesitado 40 ó 50 años. («La Realidad Médico-social Chilena», por el Dr. Salvador Allende, Ministro de Salubridad).

El hecho es tanto más llamativo cuanto Chile puede pre-

sentar cifras de alta natalidad que le asignan, a este respecto, el quinto lugar en América. Ello se explica por el porcentaje elevado de mortalidad: 24,5 por cada mil habitantes (1938). Toca, así, a Chile el humillante privilegio de ocupar el primer puesto en América por su mortalidad general. No es extraño, entonces, que la duración media de la vida se detenga en los 28 años, mientras que países como Dinamarca, Holanda, Noruega, Finlandia y los Estados Unidos, la han elevado alrededor de los 60 años.

Y ¿cómo podríamos sorprendernos de ello, si sabemos cuántas y cuántas enfermedades minan la salud? Y a estos males hay que agregar otros fundamentales que preparan el terreno propicio para la invasión de las enfermedades y la muerte prematura: la subalimentación y los defectos corrientes en el régimen de vida.

Ha sido muy frecuente que se haya exaltado nuestro entusiasmo con la declaración enfática de que somos un país rico. Ensueño literario. Somos un país pobre.

Si se analiza nuestra producción general, es deficiente. Si se examinan las rentas nacionales del Estado o de los particulares, los resultados son igualmente lastimosos. Se ha demostrado que en 1934, en una exposición comparativa de rentas nacionales, ha correspondido a Chile ser relegado al último lugar. En 1936, mientras los Estados Unidos pudieron ofrecer una renta media de 535 dólares por habitante, Chile tuvo que replegarse a la restringida suma de 70 dólares por habitante.

Nuestra capacidad económica no ha estado a la altura de las circunstancias. No hemos sabido formar los capitales que requerían el manejo del comercio y de la industria, el afianzamiento de la holgura privada y la ejecución de un amplio programa de obras nacionales.

Y, sin embargo, en un pasado no muy lejano, sólo algunas decenas de años atrás, el espíritu chileno mostró tal empuje de acción, tal dominio de la realidad, tal rectitud de proceder,

que elevó nuestra República al primer sitio de la América Hispana.

Chile dió muestras de su potencialidad de vida, de concepto y trabajo, y esa potencialidad fué expresión de un valor íntimo de la raza, ganado en el lapso formativo de la Colonia y primeros años de la República. Desde entonces acá, influencias adversas, tanto del terruño como del exterior, han adormecido el empuje viril, y el dominio de los negocios ha pasado de las manos chilenas a las extranjeras. Es nuestra convicción que la entereza del carácter chileno no se ha perdido de ningún modo, y sólo sufre de un retardo ocasional.

Naturalmente, aparejadas con las crisis económicas van la crisis social, las crisis humana. Con frecuencia suena el clamoreo quejumbroso de que nos faltan hombres, verdaderos conductores de todas las actividades nacionales, y navegamos a la deriva en un mar agitado, envueltos en la niebla. Sin ánimo de conceder a este lamento un valor absoluto, porque aun disponemos de muchos hombres meritorios, en el fondo, en su referencia general, encierra una afirmación efectiva.

Con todo, debemos reconocer que la decadencia en la personalidad es un mal que no nos atañe exclusivamente, pues hoy asume proporciones dilatadas y se extiende por el mundo como grave enfermedad contagiosa. Ello significa que hay cierta similitud en las causas que operan dentro y fuera del país, sin que deje de haber matices de especial colorido criollo.

He aquí algunas de esas causas.

Es la primera y más fundamental el género de vida que impone la civilización moderna. Progresos inauditos debemos a la ciencia. En medio siglo, inventos que nos maravillan, transforman antiguas modalidades e imprimen a la existencia un ritmo de brusca aceleración. Pero así como se dice que cada hombre tiene los defectos correspondientes a sus cualidades, podría enunciarse también que esas conquistas de bienes inesperados llevan consigo correlativos daños. La vida simple y vi-

gorizadora del pasado ha cedido su lugar a la de hoy, complicada, exigente, desgastadora de energía nerviosa. Se vive a alta tensión, poniendo en apuros de déficit el tiempo, los recursos económicos, las fuerzas vitales.

El hogar ha quebrantado su fuerza plasmadora. Las nuevas generaciones surgen ya con menos vigor que las antiguas y con más propensión al desequilibrio nervioso. Y la directiva de los padres carece de autoridad y de visión clara del porvenir de los hijos. Esta ausencia educacional es tanto más grave cuanto más se reconoce la urgencia de la intervención de los padres en los primeros años de vida de sus hijos. El debilitamiento de los padres en su orientación educacional, en infiltrar en sus hijos el ideal de energía y superación, es causa innegable de la crisis moral que nos afecta.

Grave pecado nuestro ha sido el individualismo en sus diversos aspectos. Las ideas de cooperación, de solidaridad, de responsabilidad social no han logrado aún su mayor edad. Sobre la conveniencia de agruparse en asociaciones férreamente unidas, prevalece el impulso de fraccionarse y debilitarse en secciones diminutas: las ambiciones y rencores personales pueden más en la tendencia separatista que la convicción de que el triunfo colectivo requiere buen entendimiento, lealtad a los hombres e ideales de la causa común.

No hemos sabido ayudarnos unos a otros. No ha refulgido ante la conciencia que, por el hecho de vivir en sociedad, teníamos deberes cívicos que cumplir, y, entre ellos, mirar con sagaz espíritu crítico los males existentes a nuestro alrededor, para empeñarnos en su desaparición y su reemplazo por las innovaciones de salud o bondad, de justicia o belleza, que incorporen a la vida más armonía y eficiencia.

Este traspaso es, sin duda, obra de ciencia, pero también de buena voluntad, de adaptación a las circunstancias, de servicio a la nación. Y no dejemos de mencionarlo, obra de belleza, porque infundirá a la escuela, en sus diversos grados:

primario, secundario, universitario, y en sus diversas tendencias, ya general o especial, un aliento de formación humana dentro de los más nobles postulados de vida superior.

Revisemos algunos de los aspectos educacionales que deben considerarse preferentemente, en relación con las breves notas sociológicas citadas.

III

ASPECTOS FUNDAMENTALES DE LA ESCUELA CHILENA (1)

1. ESCUELA DE RECONSTITUCIÓN FÍSICA

El interés por la salud de los estudiantes debe constituir la preocupación cardinal de la educación. Los primeros años de la vida, de tanta plasticidad a las influencias externas, son el momento oportuno para rehacer y entonar las energías corporales. La abundante vitalidad allana el normal desarrollo físico, sirve de baluarte contra las enfermedades, colma la potencialidad para el trabajo, prolonga la juventud, retarda la vejez; en resumen, asegura el éxito y ahuyenta el fracaso.

Las ventajas de la salud no se estrechan sólo en los límites de índole personal. Se expanden en provecho de la sociedad misma. Con razón se ha estatuido «que, para mejorar y elevar a una nación, no había camino más seguro que el de vigorizar la condición física de sus habitantes, y que las leyes más valiosas eran las que tendían al reforzamiento de la salud de los pueblos, y que no existía ninguna otra forma de educación individual más importante que aquella que enseñaba al hombre a vivir en perfecta salud». (Locky).

La necesidad de contar con una población sana tiene, sin duda, alcance universal. Pero, sin duda, también, hay países

(1) En el término «escuela» se engloban todas las instituciones docentes en sus diversos grados y caracteres.

en que esta necesidad se torna en exigencia perentoria, porque la lucha por la vida en ellos es más dura, y demanda, por consiguiente, mayor gasto de energías. Chile se cuenta en este grupo de países.

Chile no envuelve en fáciles complacencias a sus habitantes. No cede sus bienes sino al trabajo intenso y perseverante. Sean el campo, o la mina, o la industria, o el comercio, o el mar, donde quiera que se ejerza la actividad laboriosa, se requieren hombres de vigorosa contextura.

Y Chile puede enorgullecerse de haber tenido esta clase de hombres que merecieron el elogio justo de sobresalir entre los obreros del mundo, por su resistencia excepcional, estupenda, a los más rudos esfuerzos.

Pero ese privilegio que realizó una época de la historia, ya pasó, por desgracia. Fuimos una raza fuerte, y en los momentos que tal ocurría, culminó el apogeo de Chile en todas sus manifestaciones. Ahora nuestra vitalidad ha decaído.

No podemos continuar viviendo como tantos y tantos viven, con extenuada corriente de vigor nervioso. Y no olvidemos que a la debilidad física suele anudarse la compañía siniestra de la debilidad mental y la debilidad moral.

La educación, cuyos objetivos culminantes son el bien individual y el bien social, para afirmar profundamente los cimientos de su obra, debe radicarse en los factores que conducen a la conquista de la salud. Al término de cada año de estudio, el orgullo de la escuela debe cifrarse en exhibir el cuadro en que conste la ganancia de vitalidad de sus alumnos.

La escuela, desde el Kindergarten a la Universidad, debe prestar atención a las manifestaciones reveladoras del estado físico de los alumnos, procurando empeñosamente mejorarlas. Así, la escuela resguarda el porvenir de la nación, acrecentando en niños y jóvenes el más valioso de los tesoros: la salud, condición para el ejercicio de la ciudadanía eficaz y el mejor aprovechamiento de los programas de estudio, ya que una mentali-

dad más vivaz capta más fácilmente la labor cultural de las clases. Y todavía más. La buena salud refluye también en el aspecto moral, porque elimina defectos cuyo origen está en el bajo standard de energía física, en desequilibrio nervioso. La salud se exhala en buen ánimo, jovialidad, tendencias de aproximación social y tiene poder de atracción que abre las puertas a la colaboración ajena y garantiza las probabilidades de éxito. Y, por lo tanto, la buena salud implica mayor aprovechamiento de la labor cultural de las clases.

Ciertamente que, en la campaña por la rehabilitación de la energía vital de los educandos, la escuela sola no lo puede todo. En la campaña deben participar esencialmente el hogar y la sociedad. Pero a la escuela corresponde la actuación preponderante. Descuella primero su acción directa. Debe ofrecer a los estudiantes local e instalaciones de acuerdo con las prescripciones de la higiene; equilibrio entre la actividad mental y la actividad física: juegos, deportes, trabajos manuales; y exaltar con la práctica, la teoría y ejemplos dignos de admiración, el ideal de salud. Cada uno debe sentir la responsabilidad de acumular energía vital que le permita ser un triunfador en las complicaciones que le aguardan al abandonar la escuela,

Tiene también la escuela una función inspiradora que debe emplear para mover el hogar y la sociedad en favor de la salud de la niñez y la juventud.

El plan que debe elaborarse, buscando los medios más eficaces para restaurar la pujanza de la raza chilena, es amplio y difícil. Pero es tal su urgencia y su trascendencia nacional, que el sistema escolar debe trazarlo a la brevedad posible y cumplirlo con escrupulosa observancia. No es algo que deba dejarse para mañana, sino que debe empezarse hoy y con decidida convicción de que es perfectamente realizable, como otros países nos lo certifican con su ejemplo. Y es tanto más seguro el éxito de la campaña pro-salud cuanto la naturaleza chilena dispone del privilegio de renovación de energías que

brindan, a lo largo del país, las montañas y el mar, fuentes inagotables de exaltación física y espiritual.

La escuela tendrá, así, la más halagadora complacencia cuando, al término de cada año, despida a su alumnado con las características corporales de plenitud, de lozanía y firmeza, demostración de que ha asentado sólidamente esas prácticas que posibilitan acumular energías, economizarlas, acrecentarlas para llegar a ser todo un hombre, toda una mujer.

2. ESCUELA DE REAVIVAMIENTO DE LAS ENERGÍAS ESPIRITUALES

Así como deben rehacerse las energías vitales de la raza, igual deber incumbe respecto de la exaltación de sus energías espirituales. Es ésta una urgencia tan imperativa como aquélla, y busca en el sistema escolar su apoyo primero y de más poder ejecutivo.

No pretendemos, en absoluto, insinuar que estos dos ideales—salud física y salud espiritual—sean novedades para la enseñanza nuestra. Sabemos que ambos ideales se propagan desde luego en la teoría pedagógica y se reflejan también en la práctica de los colegios. Pero las circunstancias por que atraviesa Chile, imponen que las vibraciones del sistema educacional sean más amplias y profundas, y haya, de consuno, una aplicación más eficiente de la higiene corporal y de la higiene mental.

Ensayos de numerosas escuelas innovadoras en Europa y en los Estados Unidos otorgan al ideal educativo sobre el anticuado ideal de simple instrucción, la preponderancia que, en justicia, se merece. Es lo que, precisamente, nos conviene. La escuela moderna en todos sus grados, saturada del ansia de perfeccionamiento humano, se empeña en despertar los poderes que duermen en el fondo de las almas y en que se verifique la evolución liberadora del ser de instintos inferiores al ser que penetra en la región despejada de los valores de la vida. Esta

escuela, con variados incentivos, desparrama la emoción gozosa de la aparición de esos valores, que son el supremo bien a que puede aspirarse: valores económicos, intelectuales, sociales, estéticos, morales, religiosos. Procura hacerlos amar y ponerlos en acción en la medida de lo posible.

Me atrevo a insinuar como medida previa para delinear el programa de educación que tienda al enaltecimiento de la personalidad chilena, esbozar el perfil psicológico de nuestra raza. Así se destacarían los dos problemas esenciales de la educación: 1.º ¿Cuáles son nuestras buenas cualidades que deben reforzarse? 2.º ¿Cuáles son nuestros defectos que deben atenuarse hasta eliminarlos y substituirlos por las virtudes opuestas? Ajustando la educación a estos fundamentos psicológicos, poseería estricto carácter nacional. Parece evidente que la educación debe teñirse ya de un colorido, ya de otro, según la psicología típica del pueblo en que se desenvuelve.

En relación con el problema del reavivamiento de las energías espirituales, es para mí un deber, un gratísimo deber, mencionar la obra de hondo sentido filosófico y admirable claridad: «De lo Espiritual en la Vida Humana», cuyo autor es nuestro gran educador y filósofo don Enrique Molina.

Su lectura purifica y exalta nuestro ideal educacional de que la juventud realice su yo personal con las normas de los valores espirituales, arda en el afán de la superación, ayude a los demás a explayar sus dones y a crear las condiciones que favorezcan el progreso individual, social y humano. (1)

Os ruego que me permitáis insistir con algunos detalles más sobre la orientación de la personalidad mediante la acción escolar. La extensión de los programas de las asignaturas

(1) Muy recomendable es, también, la muy documentada obra, «La Filosofía de los Valores en Pedagogía», por el profesor argentino don Juan José Arévalo. Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. 1939.

debe guardar relación con el tiempo disponible y la capacidad media de los alumnos. Ello redundará en dos beneficios: el proceso más acabado del estudio y el ejercicio más completo de las funciones mentales.

Es de rigor que los alumnos aprendan su lección de hoy para obtener el derecho de seguir con la de mañana. No basta un merodeo por el conocimiento, que salve a las apariencias de aplicación. No es posible que, apegados a la vida cómoda, refractarios a la estrictez del deber, porque lo juzgan demasiado sacrificio, los alumnos intenten una sombra de trabajo, deformando sus conciencias.

No es correcto que lleguen al término del año a repasar sus textos angustiosamente y a la carrera, para rendir exámenes de un saber postizo y volátil.

No. Las normas son opuestas. Cada etapa del aprendizaje es una conquista del saber clara y segura, conquista que abre el camino a las que deben sucederle. Sólo así el conocimiento se eleva a la categoría de unidad arraigada y alumbradora. Pero debemos convenir en que los programas demasiado extensos, como los que de ordinario rigen la enseñanza, llevan a la desmoralización en el estudio. Por el contrario, programas equilibrados facilitan el esfuerzo intenso de los alumnos, rasgo esencial en la contextura de la personalidad.

Una educación que establece como ley inquebrantable el trabajo denodado, el trabajo que no se conforma sino con la calidad superior, es educación que orienta la vida de los alumnos dentro de principios de elevada moralidad, moralidad en que debe sustentarse una efectiva democracia, pues, sin moralidad, la democracia se desmorona.

Con referencia especial a la inteligencia, debe inducirse a los alumnos a ejercitar las funciones de observar, reflexionar, prever, ingeniarse, inventar, descubrir, apreciar situaciones, relacionar causas y efectos, interpretar fenómenos, buscar solución a las dificultades... A cada instante, un llamado solicita

de una u otras de estas actividades que acuda a salvar escollos que detienen el paso. De su respuesta dependerá el éxito o fracaso. Si aquél ha de predominar sobre éste, conviene mantener esas actividades en función.

Y ¿cómo descuidar la sensibilidad, que tiene preeminencia en nuestra vida psíquica? Según los sentimientos que nos dominen, según su exaltación o apatía, según su armonioso coexistir o su agresivo antagonismo, nos acercaremos a la plenitud de la personalidad, nos sonreirán el éxito y la felicidad, o nos desalentarán la atrofia de nuestro ser, el fracaso y el dolor.

No hay más que recordar las reacciones opuestas que provocan en nosotros mismos y en quienes nos rodean, el odio y la simpatía, la tristeza y la alegría, el pesimismo y el optimismo, la apatía y el entusiasmo, el egoísmo y la bondad, la indiferencia y la admiración, la suficiencia y la modestia, la cobardía y el valor, el arrebató y la serenidad, la timidez y la resolución, para apreciar en toda su extensión cómo los sentimientos depresivos o violentos envenenan la atmósfera de nuestra alma, y cómo la vivifican los sentimientos expansivos, generadores de energía. Los valores de la belleza moral y de la belleza de las artes y la naturaleza impregnan de encanto la vida y hacen más fácil el derrotero a través de las sendas del mundo.

La inteligencia y el saber mucho pueden, pero no lo pueden todo. La historia y la experiencia diaria nos abruma con ejemplos de hombres inteligentes e instruídos, cuyos actos deplorables nos sorprenden y nos indignan. Una educación intelectualista es trunca y expuesta a ocasionar daños individuales y sociales. La educación del sentimiento los previene, porque hace florecer el ideal, que es potencia que anima el impulso creador, da alas para volar a regiones de belleza espiritual y sostiene gloriosamente en la perseverante energía del deber hasta el heroísmo y el sacrificio.

Es, pues, función vital de la escuela poner en irradiación constante los estímulos que favorezcan en el alumnado la esti-

mación de la superioridad de los nobles sentimientos, en pugna con la frivolidad, el encono, el egoísmo, la bajeza, que aplanan y arruinan la vida.

El pensar bien y el sentir bien son antecedentes que obligan a actuar y actuar bien. El caudal interior de pensamientos y sentimientos buscan su fluir al exterior en la acción que los encarnará. Y en esa acción habrá perseverancia, rapidez, esmero, integridad, porque son exigencias de ese pensar y sentir, y es un placer prestarles obediencia. Las aptitudes ejecutivas que, por desuso, se anquilosaban en la escuela de meros conocimientos, ocupan sitio de honor en la escuela que pretende educar. Los esfuerzos reiterados refluyen, a su vez, en la espiritualidad, retemplando la voluntad, exaltando el intelecto y la emoción. Como la sociedad necesita hombres de acción enérgica y pertinaz, de iniciativas y realizaciones, sea en el laboratorio, la oficina, los negocios, el taller, instituciones, la escuela debe ayudar a prepararlos, dando a sus alumnos esta viril confianza. Se llega a ella, manteniendo encendida la llama del interés por la investigación, transformación, creación, superación.

Uno más, otro menos, todos poseen en estado latente capacidades especiales, sin que tengan el más leve indicio de ellas. La escuela debe ingeniarse en despertarlas al son de múltiples actividades. Son veneros de riqueza, riqueza humana que debe fomentarse, porque crea y afianza el progreso de la nación. Los alumnos mismos, al descubrir, con sorpresa, sus propios dones, al ver aflorar misteriosas aptitudes, experimentan la satisfacción de afirmar su personalidad.

Para la escuela es hoy un aumento de su programa, en este descender de la cortina psicológica, que se ayude a los alumnos a descubrir por qué sendero van sus disposiciones vocacionales. Quien sigue los dictados de su vocación, da el máximo de sí mismo y acrecienta las posibilidades de triunfo en su carrera. Desentenderse de la vocación entraña el peligro de convertirse en un resentido, un parásito, un descentrado, en el me-

jor de los casos, un rutinario, que vive por debajo de lo que pudiera haber sido. Por beneficio personal y social, el diagnóstico de las aptitudes de orientación profesional gana adeptos en el profesorado y se generaliza su adopción en la escuela.

En esta exploración psicológica, hay un hecho que debe señalarse nítidamente, y es la obligación de reconocer a los estudiantes de capacidad superior. Es deber nacional sostenerlos y ayudarlos a que sientan gozosos la voz insinuante de su vocación. El progreso del país está ligado al mayor número de hombres capaces que lo aceleren. Ningún joven sobresaliente debe perderse por falta de oportuna protección. Por el contrario, todo joven meritorio debe encauzarse en la actividad a que sus dones lo destinan y de la cual en no largo plazo será dirigente. Mientras más superioridad realce a los dirigentes de la vida nacional, más se afirmarán las posibilidades de un porvenir alentador y seguro de Chile.

La escuela de reavivamiento de las energías espirituales debe ser escuela de trabajo y vida. Hay que enseñar a vivir, viviendo, y no sólo con disertaciones. Enseñar a vivir implic un doble proceso: mover los poderes psicológicos y orientarlo^s hacia el ideal de lo que es mejor y más valioso, hacia la cúspide del perfeccionamiento, aunque sea imposible escalarla; pero aunque no se logre remontarla, siempre el anhelo de superación permitirá valer mañana más que hoy, ser el artífice de la más bella obra: la propia personalidad.

3. ESCUELA DE ESPÍRITU SOCIAL

Se ha señalado como función esencial de la escuela formar el espíritu social de los alumnos. Deben ellos vincularse a la sociedad como miembros que le lleven aliento de bienestar, unidad y elevación moral. La escuela debe prepararlos a desempeñar esta misión ineludible de intervención social. Para ello, no basta la teoría, cualesquiera que sean su doctrina filo-

sófica y el calor de su elocuente exposición. La práctica es requerimiento básico.

La escuela debe ser un organismo social. Las actividades dentro de la sala de clases y fuera de ella, toman una nueva fisonomía: son la expresión de una comunidad, cuyos miembros trabajan y colaboran prestándose mutua ayuda. Ya no es indiferente para la agrupación lo que alguno de ellos hace o deja de hacer, porque, de inmediato, refluye en su bien o en su daño.

Existe la convivencia dinámica. Mientras más esfuerzo por los demás gaste cada alumno, más amará su clase y su escuela, y más gustosamente asistirá a ella. Se establece así un enlace sentimental con la escuela, que perdurará entre los más dulces recuerdos. Esto es tan real como lo es que no se ama la escuela por la cual nada se ha hecho, donde sólo se han recibido órdenes y nunca muestras de confianza.

La escuela propicia la organización de círculos encaminados a propósitos útiles y que sintonizan con la estructura psicológica de la niñez, adolescencia y juventud: literarios, científicos, artísticos, cívicos, deportivos, de jardinería, de trabajos prácticos. Su programa de acción puede ser ya de beneficio interno de la escuela, ya de beneficio exterior de la comunidad. La escuela merece, entonces, realmente, el calificativo de activa, porque emplea la actividad, tanto en los métodos de aprendizaje de los ramos de estudio, como en la ejercitación de obras que infiltran y defienden el anhelo de contribuir con nuevas creaciones, al mejoramiento de lo existente.

Para que los círculos subsistan, su dirección se confiará a quienes posean cualidades de *leaders*. Pero ser *leader* no significa sólo distinguirse por dotes de organización y mando, sino por su disposición para servir y sacrificarse aún en obsequio de su institución, consagrándole su pensar y su tiempo. Y del mismo modo, sus miembros deben sobresalir por su fiel adhesión a ella. Actitud de importancia cuando se carga, como se

ha dicho, con la tendencia hereditaria a la disgregación por el menor roce de ambiciones o susceptibilidades enfermizas. En vez de dividir para reinar, debe defenderse la unión para triunfar. Mientras mayor sea la incapacidad hereditaria para la acción colectiva, mayor el egoísmo para sacrificar el interés general ante intereses personales, más urgente es la necesidad de practicar la doctrina opuesta del bien social sobre el bien individual.

En estos círculos, los alumnos aprenden a conocerse mejor a sí mismos y aguzan su perspicacia para apreciar la psicología de los demás. Tan útil como la advertencia griega: «Conócete a ti mismo», lo es también su similar: «Conoce a los demás». Con estas exploraciones, adquieren fundamental lección para la vida: hay cualidades o defectos de carácter que conducen al éxito o fracasos sociales. Menosprecio, agresividad, resentimiento, envidia, provocan antipatías y relegación, y traen el descontento de la vida. Serenidad, justicia, jovialidad, prontitud en servir rodean de atmósfera favorable y suscitan animosa seguridad para moverse en el presente y mirar el porvenir. Por esfuerzo propio y con la sagaz intervención del profesorado, es preciso buscar el dominio de las cualidades constructivas de éxito y satisfacción moral. Ganar amigos y saber conservarlos es una de las grandes conquistas a que debe encaminar la educación. El ideal moral y el ideal social se entretajan para formar la conciencia moral, que es la meta, la cumbre de la personalidad, la aristocracia espiritual: la única aristocracia valedera en una democracia.

La escuela aprovecha las actividades sociales no sólo para ligar entre sí a los alumnos de un mismo curso, sino a los diferentes cursos que la integran, y aun para entablar relaciones con otros establecimientos de educación del país y del extranjero.

Las actividades sociales son antídoto salvador en el gravísimo peligro de las horas libres que amenaza a la juventud.

En oposición a los múltiples incentivos con que las novedades contemporáneas atentan contra su integridad física y moral, las actividades sociales surgen para desviarlas de los insidiosos halagos y orientarlos hacia trabajos de salud y belleza, de provecho económico y espiritual. La escuela, con la vitalización de las clases y de sus círculos de trabajo, se constituye en aliado del hogar en la campaña de que la juventud colme sus horas libres de provechosas ocupaciones. Pero el pináculo de esta vida social es vigorizar el espíritu de servicio. Vivir para uno mismo es una parte de la existencia, y fué el todo cuando predominó el individualismo. Vivir para los demás es la otra parte. Enlazadas así las dos finalidades, se produce un sedante equilibrio interior, porque se acepta, sin la amargura del sentimiento de inferioridad, la propia personalidad, cualesquiera que sean sus limitaciones, con la certeza de que siempre se irradiarán las aptitudes que se posean ante el estímulo del deber y la poesía del altruismo.

La patria espera de la escuela las nuevas generaciones en quienes, vencido el individualismo, el ideal de servicio sea la antorcha de su vida. Muy duras correcciones tenemos que llevar a cabo en muchos sectores nacionales; pero será posible y a plazo corto, si se cuenta con ciudadanos de gran espíritu social.

Si otras épocas de la educación se caracterizaron ya por el ideal de belleza, ensalzado por los griegos; ya por el sentido práctico, sostenido por los romanos; ya por la religiosidad, como en la edad media; ya por la individualidad independiente, ya por la cultura, como lo hemos visto en naciones modernas; la educación en la época actual debe sobresalir por el espíritu de servicio social, para marchar al unísono con el espíritu de la ideología contemporánea.

4. ESCUELA NACIONALISTA

Desde años atrás, viene observándose decadencia en el sentimiento nacional. La lentitud del progreso chileno, la precaria situación económica, agravada con el descenso incontenible de la moneda, las perturbaciones políticas y otros factores sociales, que ruedan desde tiempos anteriores, han suscitado la depresión del ánimo nacional. Se juzga el presente con amargura, y el porvenir con incertidumbre. Esta dolencia psíquica nos es perjudicial, porque amengua las energías para el trabajo y la confianza en la victoria.

Si la escuela ha de preparar chilenos, ciudadanos chilenos debe enarbolar el ideal del resurgimiento de Chile. Conviene para ello, entre otros recursos, que extienda su mirada más allá de las aulas de clases, hacia el mundo exterior, e ilumine una visión certera de la localidad que la envuelve y de la nación por quien y para quien existe.

Estos sondeos en la trama nacional no pretenden sólo el halago de la curiosidad intelectual, descubriendo fenómenos sociales y su mutua compenetración, sino, especialmente, la apreciación de la interpretación que liga el bienestar del individuo, el del hogar y el de la sociedad. Si ellos dependen de la comunidad; si momento a momento, gozan de los beneficios que les proporciona, consecuencia lógica es el deber correlativo de cooperar, de ser eficientes ciudadanos de la República, y no simples aprovechadores egoístas de los sacrificios de los demás.

Una verdad debe penetrar su conciencia: nuestros bienes económicos son precarios. La pobreza origina malestar en la familia, descenso moral; provoca perturbaciones sociales, porque ahonda la separación entre los que disfrutan de bienes y los que nada poseen. Chile debe acrecentar su riqueza. La holgura económica es antecedente de mayor amplitud espiritual, y, por supuesto, de progreso material. Pesa, entonces, sobre la

juventud el deber de incorporarse al trabajo, ganar, economizar, labrarse una situación de holgura, que sea una palanca de beneficio social; ir hacia el comercio y la industria, que poco o nada han atraído al chileno, seducido por las profesiones liberales y la empleomanía. Estamos formando una nación y, para que subsista y se desarrolle lozanamente, hay que proporcionarle los medios de vida con generosa abundancia. El refuerzo de las aptitudes económicas de las nuevas generaciones, colocará a nuestra República al lado de las que encabezan el progreso americano.

De gran estímulo en la orientación de los ideales hacia el trabajo reproductivo, es el contacto, ya personalmente directo, ya por las biografías, con los héroes de nuestra tierra que han luchado briosamente y conquistado, con el éxito en sus empresas lucrativas, el honroso título de *self made men*. Su influencia despierta anhelos viriles y realza la importancia del sentido de la realidad al manejar hechos, cosas y hombres.

Al mencionar la trascendencia de las actividades económicas, dejemos muy en claro que no apreciamos los negocios sólo como focos de intereses personales, sino ante todo, como medios de servicio social. Esta finalidad superior reviste condición ineludible: su transgresión provoca daños y conflictos, que deben evitarse por el mantenimiento de la dignidad humana y la tranquilidad pública.

Además de las biografías de quienes han obtenido éxito en empresas económicas, tonifican también, el sentimiento nacional las biografías de chilenos que han enaltecido los valores culturales de la política, la ciencia, las artes, el altruísmo, la educación, la religión. Venerar su recuerdo es deuda de gratitud, es sentir su irradiación magnética, deleitarse con el encanto de la compañía de hombres superiores que nos convencen,— como dice Edwards E. Thorndike,— de que, al fin y al cabo, la estimación se otorga a la grandeza moral, no a la riqueza, posición o éxito; y que el mundo es algo más que un lugar

donde uno come, duerme y se afana por conseguir a poco precio unos cuantos placeres animales: es un sitio lleno de grandes sucesos, de motivos altruístas y hechos heroicos.

Enriquecerían el plan himnos apropiados y una asociación nacional de los escolares.

Esta campaña de comunicar nueva llamarada al sentimiento nacional, ha recibido extraordinario impulso con la intervención en su abono del que fué nuestro inolvidable Presidente de la República su Excelencia don Pedro Aguirre Cerda. Reconociendo la importancia de las biografías de los grandes servidores de la nación para exaltar el patriotismo, designó una comisión ilustre que empezara por redactar la bioqrafía del prócer de la independendencia, don Bernardo O'Higgins. Tan feliz iniciativa de S. E. ha merecido nuestro más cálido reconocimiento.

5. PANAMERICANISMO

Nuestra ideología del nacionalismo excluye de ella la exageración morbosa de prepotencia, el descentrado y peligroso chauvinismo. Amar y servir a la patria no exige altanero menosprecio hacia las patrias de los demás. Muy a la inversa. El justo interés del país reclama un contacto internacional más estrecho, que afiance los lazos de amistad y refuerce los beneficios del intercambio cultural y económico. Y esta política de solidaridad mundial, acrecienta para nosotros su valor en cuanto se refiere, especialmente, a las naciones del continente americano. Estamos dentro del movimiento del panamericanismo, que ha cobrado potencialidad irresistible en los últimos años. Ayudémoslo. En él residen la facilidad y seguridad de nuestro porvenir.

La educación, que años ha, se concentró exclusivamente en Europa, vuelve ahora su atención a las Repúblicas de nuestro continente. Debe persistir en esta ampliación de criterio. Así

como infunde la satisfacción de ser chileno, debe proporcionar la de ser americano, y prender en el alma juvenil, lealmente enlazados, el ideal nacional y el ideal panamericano.

6. EL EDUCADOR

Para cumplir la escuela con su gran finalidad de elevar a los estudiantes hacia planos superiores de vida, necesita que, en su profesorado, se destaquen sobre las condiciones del instructor, las del educador.

El educador, sin desconocer sus obligaciones docentes respecto del programa de estudios, piensa de preferencia en sus alumnos. Los ve no como un conglomerado amorfo, sino como una agrupación de individualidades, con múltiples tonos y coloridos.

Una delicadeza íntima mueve al educador: la simpatía paternal por sus alumnos. Su simpatía es resplandor de intuición para comprenderlos y ayudarlos; persuadirlos de que poderes ignorados dormitan en sus almas y de que se logrará que despierten y se manifiesten. Y ello no es una quimera: corresponde a una realidad. Cada cual lleva, en misteriosas celdas, potencias no soñadas. El exteriorizarlas depende de las circunstancias y de las voces de estímulo que las pasen de la inercia a su lucimiento en la actividad. Es la misión a que se entrega el educador. Fija la mirada en el constante devenir de los alumnos, su obra es alentadora: habituarlos a que confíen en el éxito de su perseverancia, animarlos a que acrecienten sus energías para descubrirse y remodelarse.

El estudio mismo es un llamado a la auto-formación, ejercitando «la propia observación para ver, la propia razón para prever, el propio criterio para juzgar, la propia originalidad para crear, la propia firmeza para decidirse». (John Stuart Mill). En ningún caso, se desea la repetición de la queja melancólica de Helene Keller: «Tenía tanto que estudiar que no

tenía tiempo para pensar». Vale el aprendizaje de las materias del programa, pero más vale el arte de estudiar y adquirir el gusto por el estudio como conquista para siempre. La escuela educativa no es un campo de agramante en que cada uno lucha por sobrepasar a sus rivales, sino una fraternidad de estudio, en que cada uno desea superarse a sí mismo y derramar los dones del buen compañero. Así, el educador dedica su más intensa preocupación a cultivar las dos cualidades, quizás, más valiosas en el hombre; una individual: el poder creador, la fecundidad de iniciativas; y la otra social: la disposición amistosa para la acción concertada, el trabajo en común.

Pero el educador sabe que es imposible escapar al dolor: sufrirlo es ley inexorable del destino. La frustración suele herir en medio del regocijo del triunfo. Previene a los alumnos de este mal inevitable y fomenta en ellos el valor para no dejarse abatir por las emociones depresivas y por aquellas tan ingratas del sentimiento de inferioridad. La fuerza del carácter es el gran antídoto contra el dolor, como lo son asimismo, un poco de filosofía para interpretar el significado de la vida, y el ejercicio de algunos trabajos placenteros, el «hobby», al cual los sajones entregan muchas de sus horas libres.

El educador, por el hecho de encarnar los mismos ideales ennoblecedores de belleza, bondad, rectitud, optimismo, a que rinde culto ante sus alumnos, ilumina su ser con luz de inspiración que penetra en ellos grata y auspiciosamente. Los influye por actuación y presencia. Por su personalidad firme y armoniosa, conquista el respeto y la adhesión de sus discípulos. Transforma la escuela de aprendizaje de lecciones en un ambiente inspirador, en medio de la belleza artística, el trabajo gustoso, la actividad personal, la cooperación afectuosa y la fe en que los esfuerzos educacionales serán constructivos de bienes del país.

Excusado es agregar que tanto como une y estimula la actuación del educador, descompagina la del profesor mal dis-

puesto, que hiere la psicología de los estudiantes, ya deprimiéndolos, ya provocando su rebelión. Las destemplanzas o indiferencia del profesor que es sólo un burócrata, desvanecen de la escuela su función esencial: servir de centro de venturoso desarrollo cultural y de fácil adaptación social. Tal desgracia debe evitarse.

Mientras mejores educadores dirijan la escuela, más expedito será el resurgimiento de Chile. Por suerte, orgullo de nuestro sistema escolar es contar con valiosísimos educadores.

7. ESCUELAS EXPERIMENTALES

La educación moderna busca nuevas adaptaciones tras el eterno ideal del perfeccionamiento de la naturaleza humana. Esas nuevas adaptaciones no calzan con la antigua maquinaria escolar, sometida, sin contrapeso, al predominio de la instrucción libresca y la disciplina autoritaria. Ellas implantan modificaciones en el plan de estudios, adoptan métodos psicológicos, procuran mayor influencia espiritual del profesorado.

La educación como cualquiera otra rama de la ciencia va conquistando nuevas posiciones al correr de los años y es de rigor que la escuela se adapte a ellas, aprovechando las normas derivadas de las investigaciones modernas. Si así no procediera, la escuela del siglo XX se rezagaría y viviría como si aun persistiera el siglo XIX. Su actitud debe ser inversa, porque el ideal de perfeccionamiento impone la consideración incesante de las renovaciones que surgen y aplicarlas una vez comprobadas su eficacia.

De aquí ha derivado la necesidad de crear tipos especiales de escuelas: las escuelas de ensayos o experimentales, como por ejemplo, las muy conocidas de enseñanza individualizada, socializada, motivada, progresista, de origen norteamericano.

En nuestro sistema escolar, poseemos ya varias escuelas y un liceo,—el Liceo Manuel de Salas,—de carácter experimen-

tal. Tengo buenas referencias del trabajo acucioso y modernista de las escuelas primarias. Personalmente, he podido apreciar los resultados admirables del Liceo Manuel de Salas en la formación física y espiritual de los alumnos, y sentir el más fundado optimismo ante su obra de renovación pedagógica. Es verdad, también, que el Liceo está dirigido por la señorita Irma Salas, declarada ya uno de los grandes prestigios del magisterio chileno: por su preparación extraordinaria alcanzada en Chile y los Estados Unidos, y su ascendiente moral, de antemano podía preverse cuanto se ha obtenido en la aplicación concienzuda de su programa educacional reformista.

Creo que los Liceos Experimentales deberían aumentarse. De rigor sería que funcionara uno anexo al Instituto Pedagógico. Estas escuelas experimentales harán más rápida nuestra evolución pedagógica.

8. AMPLIACIÓN DEL SISTEMA ESCOLAR

Si gran responsabilidad carga la escuela en la educación de la niñez y juventud, no cae sobre ella por completo; alcanza a dos entidades más: el hogar y el medio social, y es preciso que la sientan con todo su peso. El sistema escolar debe promover en ambos la visión de sus deberes, apelando a la extensión educacional respectiva.

A. *El hogar.*—Es un hecho evidente que, en la célula social de la familia, reside la causa primera y esencial de que las nuevas generaciones se encaminen hacia la felicidad o la desgracia, el éxito o el fracaso, la exaltación espiritual o el descenso a la vulgaridad y aún la degeneración. A pesar de la magnitud de la trascendencia que encarnan estas alternativas, los padres no pueden afrontarlas con eficiencia. Carecen de preparación. Y el mal se ahonda con las complejidades del modernismo, que tiende a rebajar más la influencia directiva de la familia.

Se extrema la necesidad de la organización de cursos de educación familiar, como un llamado del sistema educacional a los padres en resguardo de la integridad del hogar, la normalidad de los hijos y el desarrollo de la nación.

La educación familiar se impone. En favor de ella se produce un movimiento mundial, en el que ya ha participado nuestra Extensión Universitaria desde 1935 y 1936, gracias a la comprensiva resolución del Rector de la Universidad, don Juvenal Hernández, para auspiciar los cursos que entonces se dictaron.

Estos cursos deben organizarse en todo el país, insistiendo ante los padres en su deber de ser educadores de sus hijos con su dirección, su ejemplo, y, especialmente, la impresión de su valor moral; y llamándolos al cumplimiento de la obligación solidaria de contribuir a la estructura nacional con ciudadanos sanos de cuerpo y sanos de alma.

Si el hogar fuera lo que debe ser, una directiva delicada y segura de los hijos, se respaldaría su normal desarrollo biopsicológico; y la escuela contaría con alumnos de primera calidad. Pero, si el hogar venda sus ojos ante las conveniencias que afirman la personalidad de los hijos, los resultados son lamentables y aún trágicos; y, de modo inevitable, las funestas consecuencias repercuten en la escuela con alumnos deficientes en vigor físico mental.

B. *El medio social.* — Aceptado el hecho de que el medio social ejerce poderosa influencia sugestiva en los elementos que lo forman, la educación refleja, como se la denomina, se patentiza el deber de elevar la conciencia colectiva, para que alumbre con irradiaciones espirituales la conciencia individual, y, de preferencia, a la juventud.

El sistema escolar debe propagar su extensión educacional a todos los centros poblados del país. En cada uno de ellos debe resonar la voz inspiradora que atenúe las deficiencias y

males que nos aquejan, y pregone el triunfo de la personalidad, la cooperación social y el engrandecimiento nacional.

* * *

Señores: cualesquiera que sean los reparos que puedan formularse a nuestro desenvolvimiento social, ellos no tocan sino un instante pasajero de nuestra historia. Somos un pueblo joven, y no hemos alcanzado a cimentar una invulnerable tradición de aquellas virtudes que coronan la excelencia de la raza, la prosperidad económica y la serena evolución del organismo cívico, por más que, en épocas pasadas, esas virtudes hayan centelleado, dejándonos recuerdos que complacen nuestro amor patrio. No hemos tenido suficiente tiempo para constituir esa herencia sostenedora de las fuerzas íntimas de la nación, e incubadas en siglos de trabajos y asperezas, de sufrimientos y alegrías, de lenta y persistente incorporación de principios morales, como si fueran rasgos integrantes de la naturaleza.

Pero si la juventud falla en ventajas que se ganan con la experiencia de los años, es pletórica, en cambio, de esperanzas y entusiasmos que, bien encaminados, pueden apresurar el ascenso a la cumbre que se anhela. Chile, país joven, sacudirá sus energías y se alzará como una nación en que bulle el esfuerzo laborioso y extiende la dignidad moral su dominio en el hogar, las empresas comerciales y todas las actividades públicas y privadas.

Las fuerzas potenciales de Chile están en movimiento; y una de ellas, de trascendencia imponderable, la manejan vuestras manos, señores miembros de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Sabemos de vuestra competencia y de vuestra abnegada dedicación para orientar esa fuerza constructiva, que es la educación escolar y extra-escolar, de acuerdo con los postulados promisoros de la ciencia pedagógica mo-

derna. Como tenemos fe en vuestro sabio concurso, creemos que la cultura de liberación y reavivamiento de los poderes espirituales esparcirá en todo el pueblo chileno una claridad más nítida de sus deberes y una decisión más firme de someterse a ellos.

Nuestro civismo se reanimará y se explayará con renovada y juvenil frescura a la orden de mando: ¡Chile primero y Chile siempre! Necesitamos que así sea, como requisito de bienestar interno del país y como secuencia de la obligación que el tiempo, dichosamente, nos ha traído: que nuestra patria rinda eficiente cooperación en asegurar la solidez y la grandeza de la unión panamericana.